

Vol. I. N.º 3

Julio 1939

# BABEL

REVISTA DE REVISTAS

Sólo lo mejor de cuanto se publica

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

## SUMARIO

ENRIQUE HEINE	El Evangelio y la Filosofía
MARCEL PRENANT	La Revolución Francesa en el mundo
J. C. MARDRUS	Misión del escritor
P. DRIEU LA ROCHELLE	El escritor y el político
ANDRE CHAMSON	Recuerdo de "La Comuna"
ADOLFO SALAZAR	Notas sobre la Revolución Francesa
MANUEL ROJÁS	El espíritu revolucionario
M. PICON-SALAS	Americanismo y autoctonismo
PAUL MORAND	Los franceses y la Argentina
E. MARTINEZ ESTRADA	Leer y escribir
CARLOS VICUÑA	Semblanza de un maestro
PAUL GROUSSAC	Pascua sangrienta

CHILE  
Precio: \$ 1.00

NASCIMENTO

ARGENTINA  
Precio: \$ 0.20

SUMARIO DEL N.º 1

(MAYO)

JEAN GUEHENNO	La fiesta de Hércules
LEWIS MUMFORD	El poder de lo patológico
LUIS ARAQUISTAIN	Retrato de Hitler
J. EDWARDS BELLO	Juicios extranjeros sobre Chile
ANDRE GIDE	Jef Last, poeta holandés
JEF LAST	Dos fragmentos de un discurso en Madrid
EMIL LUDWIG	Postscriptum a Mussolini
DIEGO RIVERA	Programa de lucha o de adaptación
B. SANIN CANO	¿Quién es mi prójimo?
EDMUND WILSON	Stalin como icono
IGNACIO SILONE	Un recuerdo infantil
HORACIO QUIROGA	Los Precursores

SUMARIO DEL N.º 2

(JUNIO)

ALBERT EINSTEIN	La unidad de la vida
PAUL VALERY	América, proyección del espíritu europeo
THOMAS MANN	La guerra como solución desesperada
STEPHEN SPENDER	El punto de vista moderno
T. NAVARRO TOMAS	Miguel Hernández, poeta campesino
MIGUEL HERNANDEZ	El niño yuntero
JORGE SANTAYANA	Paganismo
ALFRED KERR	Recordando a Walther Rathenau
ALBERTO GERCHUNOFF	Carrión de los Condes
A. SERRANO PLAJA	El genio de España
ERNST TOLLER	Hábil interrogatorio
ERNESTO MONTENEGRO	El escritor y el pueblo
LEON TROTSKY	Krúpskaia ha muerto
BALDOMERO LILLO	La cruz de Salomón

# BABEL

REVISTA DE REVISTAS. — APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Editor y distribuidor: LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO + N.º 3 + JULIO 1939 + CHILE

## EL EVANGELIO Y LA FILOSOFIA

(*"Lo que pasa en Francia"*)

POR ENRIQUE HEINE

De Revista de Occidente

“VED los grandes, vuestros señores, son la hez de la usura, el robo y la rapiña; de todas las criaturas hacen su bien: los peces en el agua, los pájaros en el aire, la planta en la tierra, todo ha de pertenecerles. (Jeremías, V). Sin embargo, difunden la orden de Dios entre los pobres y dicen: “Dios lo ha ordenado; tú no debes robar”. Pero la regla no está hecha para ellos. Así, explotan a todos los hombres, despluman y desuelan al pobre labrador, al artesano y a todo lo que vive. (Miqueas, III); y si su víctima toca sus bienes sacrosantos, entonces se le ahorca. A esto el doctor Mendaz dice: “Amén”. Los grandes provocan por sí mismos la hostilidad del pobre. No quieren eliminar la causa de los disturbios. ¡Cómo todo mejoraría a la larga! Y hablando así, yo también soy subversivo: sea”.

Así se expresaba, hace trescientos años, Tomás Munzer, uno de los hijos más heroicos y desdichados de la patria alemana, predicador del Evangelio, que en su opinión, no prometía sencillamente la felicidad en el cielo, sino también ordenaba la igualdad y la fraternidad de los hombres en la tierra. El doctor Martín Lutero era de otra opinión, y condenó esta sediciosa doctrina, que comprometía su propia obra: la ruptura con Roma y la fundación de la nueva confesión, y después, acaso más por habilidad laica que por ciego fanatismo, escribió su nada honroso libro contra los infelices aldeanos. Pietistas y serviles mojigatos han exumado recientemente este libro y difundido por todo el país las nuevas ediciones, en parte para demostrar a los altos protectores que la pura doctrina luterana apoya el absolutismo, en parte para reprimir, mediante la autoridad de Lutero, el entusiasmo liberal en Alemania. Pero un testimonio más sagrado, que resalta del Evangelio con letras de sangre contradice esta interpretación lacayuna y destruye su falsa autoridad.

Cristo, muerto por la igualdad y fraternidad de los hombres, no reveló su palabra para instrumento del absolutismo. Lutero estaba equivocado; Tomás Münzer tenía razón, y fué decapitado en Moeblin. Sus compañeros tenían también razón; unos fueron pasados por las armas, y otros colgados de una cuerda, según fueran de origen noble o burgués. El margrave Casimiro d'Ansbach, además de estas ejecuciones, hizo sacar los ojos a los ochenta y cinco aldeanos, que después erraban mendigando por el país. También éstos tenían razón. Lo que ocurrió en el Alta Austria y en Suabia a los pobres campesinos y como en Alemania muchos cientos de miles de campesinos que no pedían más que sus derechos de hombre y caridad cristiana fueron cortados en cachos y estrangulados por sus señores espirituales y temporales, es cosa conocida de todo el mundo. Pero estos señores también tenían razón, porque estaban en la plenitud de su fuerza, y los aldeanos se dejaron descarriar muchas veces por la autoridad de un Lutero y otros eclesiásticos, que estaban a bien con el siglo, en extemporáneas controversias sobre pasajes ambiguos de la Biblia y muchas veces cantando salmos en lugar de combatir.

En el año de gracia de 1789 comenzó en Francia la misma lucha por la igualdad y la fraternidad, y por las mismas razones, contra los mismos poderosos, sólo que con el tiempo éstos habían perdido su fuerza tanto como la había ganado el pueblo, cuyas reclamaciones no habían sido extraídas del Evangelio, sino de la Filosofía.

Lo que en la guerra de los aldeanos

habían intentado los predicadores del Evangelio, lo hicieron entonces en Francia los filósofos, y con mejor éxito. Ellos demostraron al pueblo las usurpaciones de la nobleza y de la Iglesia, y le persuadieron de que ambas habían perdido su fuerza. El pueblo estalló en un grito de alegría, y como el 14 de julio de 1789, el tiempo era propicio, emprendió la obra de su liberación. Quien el 14 de julio de 1790 visitaba la plaza donde antes se alzaba, añosa, oscura y hosca la Bastilla, encontraba en su lugar un pabellón alegre y aéreo, con el riente letrero: Ici on danse.

Desde hace doscientos años, muchos escritores europeos se esfuerzan incansablemente en salvar a los pensadores franceses del réproche de haber contribuído a desencadenar la Revolución. Los pensadores del día quieren volver al favor de los grandes, buscan otra vez su blando sitio a los pies del Poder, y para ello se comportan con una inocencia tan servil, que más parecen vulgares gusanos que serpientes. Pero la verdad me obliga a confesar que fueron justamente los pensadores del siglo pasado los que fomentaron el desencadenamiento de la Revolución y determinaron su carácter. Yo los ensalzo por ello como se ensalza al médico que determina una crisis rápida y mitiga, por medio de su arte, una enfermedad que podría ser mortal. Sin la palabra de los pensadores, Francia hubiera seguido pereciendo en lenta y lamentable agonía, y la Revolución que a la postre estallaríera hubiera revestido carácter menos noble, hubiera sido vulgar y cruel, en vez de ser sólo, como fué, trágica y sangrienta.

POR MARCEL PRENANT

De Clarté

DESDE 1789 hasta nuestros días, los acontecimientos de la Revolución Francesa han tenido un singular alcance; mucho más allá de nuestras fronteras, en donde quiera que los hombres luchan o han luchado decididamente contra la opresión. Aun hoy, el himno de los revolucionarios de entonces, la Marsellesa, es el canto de esperanza y de combate de las masas populares en todos los países; lo que constituye un símbolo resplandeciente de la universalidad de la Revolución.

Cierto que la Francia de 1789 presentaba, más que cualquier otra comarca de Europa, las condiciones sociales de una revolución. Pero asimismo la burguesía estaba en plena ascensión económica y sobrellevaba mal los obstáculos que le oponía el régimen social decadente. En algunos países como Alemania, estaba lejos de alcanzar el mismo grado de potencia financiera y técnica que en Francia; pero también la división del territorio en innumerables pequeños principados feudales hacía particularmente difícil el desarrollo regular del comercio y de la industria. Por otra parte, en Inglaterra la burguesía había llevado a cabo su revolución desde el siglo XVII y conquistado sus derechos políticos; pero aquello no era más que un compromiso con la aristocracia terrateniente, y las condiciones de ese compromiso no correspondían más, a fines del siglo XVIII, a los intereses de la burguesía ascendente; en efecto, el poder era detentado por el partido conservador, representante de los grandes hacendados.

Tanto en la España feudal y católica como en la Holanda comercial y protestante, en todas partes, los derechos políticos de la burguesía estaban más o menos por debajo de su importancia económica. Por eso las ideas progresistas emitidas por los filósofos franceses del siglo XVIII se expandieron por toda Europa hasta América, encontrando eco simpático no sólo entre la burguesía esclarecida, sino también entre ciertas capas de la aristocracia, lo mismo que entre algunos monarcas. Federico II fué amigo de Voltaire, a quien recibió en Potsdam; Catalina II de Rusia trató de igual modo a Diderot; el duque de Parma tuvo a Condillac por preceptor. El emperador José II intentó, aunque zurdamente, aplicar ciertas ideas de los enciclopedistas en Austria. Y no hay que olvidar la influencia de los filósofos franceses sobre la ideología de la revolución que dió nacimiento a los Estados Unidos.

Los acontecimientos de 1789 fueron, pues, acogidos en el mundo con gran simpatía y a veces con entusiasmo. El embajador de Luis XVI en San Petersburgo, el conde Segur, cuenta que a la noticia de la toma de la Bastilla, "rusos, franceses, daneses, alemanes, ingleses, holandeses, se felicitaban todos en las calles, abrazándose como si los hubiesen librado de una cadena muy pesada". Y el noruego Steffens, expone en sus memorias como su padre, a la misma noticia, volvió llorando de alegría a la casa, afirmando que una revolución comenzaba en toda Europa, y "echaba sus raíces en millones de al-

mas". Hasta en la América Latina, explotada por los conquistadores españoles y portugueses, alzóse la misma esperanza.

Claro que una parte de esas simpatías no eran muy sólidas. Cuando los aristócratas del extranjero y los monarcas comprendieron que se trataba de un asunto serio, que ponía en peligro sus privilegios, cambiaron de actitud. Las sublevaciones campesinas y la abolición de los privilegios feudales (agosto 4 de 1789) contribuyeron bastante a este cambio. Pero los pueblos, sintieron más amor por la Revolución cuando ésta convirtió los principios teóricos en hechos.

Durante toda la fase popular de la Revolución, hasta la reacción thermidoriana, la política extranjera de las asambleas que se sucedieron fué por cierto profundamente justa, al distinguir con el mayor cuidado entre los pueblos y sus tiranos: haciendo cuando era necesario la guerra a estos últimos; pero rehusando siempre combatir a los pueblos. La Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, profundamente diferente en esto a las de las revoluciones anteriores de Inglaterra y América, no se limita a fijar los derechos del ciudadano francés en particular, sino los del hombre en general, sin distinción de nacionalidad ni de raza. Afirma el derecho de todo hombre a la libertad, igualdad y fraternidad. Con esto sienta las bases de lo que hoy algunos llamarían "una campaña ideológica".

De hecho, las guerras de esta primera fase son tan ideológicas como militares, y las anexiones de territorio son libremente aceptadas o pedidas. A los protestantes y a los judíos se les re-

conocen los mismos derechos que a los demás ciudadanos. La esclavitud es abolida en las colonias francesas. Por un decreto de la Constituyente del 30 de abril de 1790 se simplifican las formalidades para la naturalización de los extranjeros. Después de la declaración de guerra, el 26 de agosto de 1792, la Legislativa, por un decreto sobre los títulos de ciudadano de honor, declara honrar a "los hombres que por su coraje o sus escritos, sirven la causa de la libertad y preparan la emancipación de los pueblos" y afirma que "esos hombres no pueden ser considerados como extranjeros por una nación a la que sus luces y su coraje han hecho libre". Al releer un decreto así no podemos menos que sentir cierta amargura y cierta vergüenza de nosotros en nuestros días.

La Declaración de los Derechos fué, a la vez la condenación implícita de los antiguos abusos y el catecismo filosófico del orden nuevo.

Obra de la burguesía, lleva impresa su marca. Proclama la igualdad, pero una igualdad restringida, subordinada a la "utilidad social". Reconoce formalmente la igualdad ante la ley y el impuesto, y la admisibilidad de todos a los empleos públicos según su capacidad; pero olvida que las capacidades están, casi siempre, en función de la riqueza y esta misma en función del nacimiento por el derecho de herencia.

Así y todo, la Declaración de los Derechos fué una página magnífica del Derecho público; la fuente de todos los progresos políticos que se realizaron en el mundo durante el siglo siguiente. No es en relación con el futuro como debe juzgársela, sino en consideración al pasado.

Albert Mathiez.—"La Revolución Francesa".

POR J. C. MARDRUS

De Les Rnouvelles Litteraires

ES sabido que tres jornadas revolucionarias hacen más por el avance del espíritu humano que un siglo de charlas parlamentarias y discursos académicos.

Hoy que los valores antiguos pierden su prestigio y que empezamos a tener el sentido de la rebeldía contra el desorden, el "confusionismo" y la anarquía; que los horizontes se desplazan hacia el Oriente, que la solidaridad humana quiere ser base de la cooperación universal en el dominio universal, que tratamos de reemplazar la palabrería por la ciencia y el raciocinio, que hemos denunciado la incapacidad intelectual del escritor oficial, que sabemos que el enemigo es el oportunismo revolucionario y que el régimen capitalista que ha cerrado su ciclo no puede ser corregido con reformas ni reajustes, estamos frente a problemas esenciales que tienen suspendido al mundo contemporáneo, que cada uno de nosotros debe sin tardanza tomar clara posición contra el régimen nefasto de competencia entre pueblos e individuos, afirmemos que a su vez aquél que tiene entre sus dedos el más frágil y el más eficaz de los instrumentos humanos: la pluma del escritor, será escritor revolucionario o no será nada.

Sé que esta palabra tan usada corre el peligro de servir de espantajo en ciertos medios; sé que los que están a ración de la inteligencia, los precarios del entendimiento, se pasan repitiendo que el espíritu revolucionario es poco favorable al desarrollo del arte, a la expansión de las bellas letras y del huma-

nismo, a la creación de obras maestras. Pero la historia nos prueba que el genio alcanza su plenitud en la tempestad. Una de las épocas más violentas, el Renacimiento, vió florecer los grandes príncipes del espíritu: un Dante, un Shakespeare, un Leonardo, un Ariosto, un Montaigne, un Camoens, un Galileo, un Cervantes, un Erasmo, un Copérnico y tantos otros, mientras el saqueo de Roma no hacía ni temblar las manos divinas de Miguel Ángel. Poco más tarde nuestro Descartes meditaba su inmortal método bajo el vivac y en los campos, en medio de los azares de una vida aventurera. Es sabido, asimismo, que durante la más fina civilización de nuestro orbé, el estado habitual de la antigua Atenas era el terror. La seguridad de los ciudadanos era bastante problemática y los más eminentes, a la menor denuncia, eran llevados ante el más cruel de los tribunales demagógicos. Sócrates era condenado a beber la cicuta y Platón era vendido como esclavo en Siracusa. Y mientras fuera amenazaba el enemigo y se encendía la guerra civil, el demiurgo Esquilo recreaba el mundo mediterráneo, Fidas infundía vida a su Minerva, Praxiteles immortalizaba la sonrisa de Afrodita, los arquitectos ponían el último toque a la indestructible Acrópolis. En Roma, durante la época de los proscritos y de las luchas internas, nacieron las obras más originales. El universo mismo, según los libros primitivos, nació en medio del caos.

Los escritores padecerían una incu-

rable estupidez si creyeran en el régimen de la olla llena, régimen de una intolerable vulgaridad. La quietud beatífica de la burguesía ha resultado mortal para la civilización. Termina ahora con la quiebra de los fetiches consagrados.

Es por eso que debemos instaurar profundamente en los corazones el espíritu revolucionario moderno, que no es, según la creencia de los simples, un "complejo" de motines sangrientos, de violencias, de incendios, de pavimentos levantados, de gases asfixiantes, de caldos de cultivos microbianos, de inmensas olas de venenos químicos. Dejaremos todo esto a los ejércitos capitalistas. A nosotros, escritores modernos que aceptamos libremente la severa disciplina del trabajo con la pluma bien llevada, nos incumbe reemplazar una organización en estado de falencia por un orden nuevo científicamente establecido sobre bases de solidaridad universal y de cooperación universal. En cuanto a la violencia, si por desgracia se mezclara, la responsabilidad caería por entero sobre la contrarrevolución que tratara de recuperar sus privilegios irritantes.

No se nos oculta que vamos contra los mezquinos intereses de meros lacayos de la pluma que se pretenden escritores y no son más que dueños de casa, candidatos a la Academia, cazadores de condecoraciones, adulones de ministros y parlamentarios. No nos preocupan. No es hora de vacilaciones, pues el tiempo de un mundo agónico ha empezado.

Que continúen los plumíferos de espíritu a la vez egoísta y gregario, poniéndose a sueldo de los acaparadores de un lucro efímero, así quedarán más

en evidencia. Está próximo el momento en que sus valores no podrán ser cambiados por nada que valga. La literatura que no es más que literatura, la nauseabunda producción de erotismo, esteticismo, sadismo, "sex appeal", adulterios, todas esas novelas descorazonadoras premiadas por la humillante caridad de mecenas calculadores, sólo inspiran repulsión y asco a nuestra juventud de vanguardia nutrida de espíritu revolucionario, de ciencia, de experimentalismo y del más racional de los ideales humanos. Corresponde a esta juventud literaria de esta época inaudita, severa y magnífica en que nos ha puesto el destino, descender de las alturas del mundo mental hacia el corazón del mundo sensible, realizar el estudio teórico de la salvación para poder aplicarlo pronto. No tardará en sonar la hora que ha de permitir a los más sabios y a los más alertas de vosotros alcanzar el eslabón que os entregará toda la cadena.

El libro de Hipólito Taine sobre el Antiguo Régimen era una obra maestra. Aquél sobre la Revolución es de una calidad inferior. Esto se debe a que si bien, como pintor y escritor descriptivo, supo trazar excelentes imágenes de las grandes personalidades de la Revolución, el hombre de orden que había en él, se sentía a pesar suyo escandalizado y cohibido ante el relajamiento de toda disciplina. Sobresaltábale cada vidrio que volaba hecho añicos. Se indignaba viendo a toda aquella ignorancia instalarse y gobernar. Sin embargo, compuso una obra fuerte y minuciosa, pero en el curso de la cual hace pensar a veces en un hombre que se pusiera a reprender a un terremoto.

Jorge Brandes.—"Ensayos".

## EL ESCRITOR Y EL POLITICO

POR PIERRE DRIEU LA ROCHELLE

De La Nación. Buenos Aires

HEMOS explorado las fuentes de pasión y de acción de que brota la frase. Llenándole toda la realidad del mundo, el escritor no puede menos que restituírle al mundo lo que es suyo. Su obra modela el mundo. El político parece estar más cerca de la ejecución, pero es un engaño, no plasma más al mundo que el sabio, el filósofo o el poeta.

El escritor tiende a lo eterno, pero para él lo eterno echa raíces en lo actual. Hegel comenzaba la tarea diaria leyendo un periódico. Y a cada momento el escritor le devuelve a lo actual lo que le toma. Para advertirlo basta leer entre las líneas de las obras más objetivas, y se encontrará constantemente en ellas decretos familiares y prácticos.

No se puede escribir una línea respecto de nada que sea neutro. A causa del carácter total de la experiencia de que surge, todo escrito tiene una significación política, tanto como sexual y religiosa.

Así como se ve en seguida cual es el dios de un escritor y cual es la intensidad de su sexo—una mujer que lee el poema de un desconocido adivina qué amante podría ser para ella—así se ve contra quien se vuelven las armas en la lucha cívica. La literatura de Mallarmé es susceptible en rigor de una interpretación cívica, lo mismo que la de Zola. Hay siempre una faz de panfleto en toda gran obra: Molière o Dante, Shakespeare o Goethe. Toda gran obra sirve a una filosofía. Ahora

bien, detrás de una filosofía hay siempre una política: soldados, verdugos o mártires. Shakespeare, por ejemplo, que parece eludir del modo más sublime toda significación efímera, no deja de servir por esto al espíritu del Renacimiento dudador, racional, anticristiano.

Si esto es así, debe esperarse que el escritor llegue a los mismos resultados que el político. Lo mismo que éste tiene que conocer el triunfo y el suplicio.

Los conoce, pero para él no son del mismo género que para el otro. A causa de esta lentitud de ritmo que señalaremos, el escritor se envuelve, como el gusano de seda en tejidos de demoras, de complicaciones, de divergencias.

Decía que siempre hay un panfleto en toda grande obra. Pero ese panfleto a la vez que envuelto está disimulado y amortiguado.

Un ejemplo muy notable de esto: el de Rousseau. He ahí un escritor profundamente polémico y que fué de una virulencia tanto más grande cuanto su resentimiento contra la sociedad de su tiempo había sido fomentado por su experiencia cotidiana de extranjero, de vagabundo, de pobre. Este resentimiento aparece a la distancia, ahora que conocemos todas sus concomitancias, como una fuerza trágica que recorre toda su obra. Rousseau puede ser considerado como el mayor enemigo espiritual que haya tenido jamás un régimen social, si bien nunca fué a la cárcel y apenas conoció el destierro. Hay que buscar a través de las circunstancias par-

ticulares qué es lo que corresponde a la condición constante del escritor.

El escritor ofrece a los hombres en el conjunto de su obra una representación demasiado indirecta y enmarañada de la acción próxima—de la que, sin embargo, el germen está en su obra—para que se le pueda considerar como inmediatamente responsable de esa acción. Siendo su eficacia de “tiempo” su responsabilidad también lo es. Median casi treinta años entre el “Contrato Social” y la toma de la Bastilla. Esta duración corresponde exactamente a lo que hay de amortiguado en los golpes de Rousseau, que nunca rompió por completo con la sociedad aristocrática, tanto que murió en casa de un marqués.

Y si hubiera vivido hasta la edad que alcanzó Víctor Hugo, ¿le habría encantado ver cómo fué puesto en acción su pensamiento? ¿Le hubiera sido grato bendecir a su perfecto discípulo Robespierre en pleno Terror? ¿Hubiera comulgado con él ante el Ser Supremo cuyo altar era la guillotina?

Con todo, jamás un artista habrá tenido en un político más exacta reproducción de su pensamiento. Robespierre es Emilio magnificado y poniendo en el pensamiento del maestro el rigor de discípulo. Marx no hubiera podido reconocerse más exacto en Lenin (suponiendo que hubiera vivido ciento cincuenta años!). Es probable que al “paseante solitario” le hubieran engañado algunas diferencias aparentes y no se hubiera reconocido en el “Incorruptible”.

Sin duda, hubiera repudiado la sangre. Y, sin embargo, esa sangre manchaba sus manos como las de Robespierre. Hay sangre en las manos de todo

gran escritor. La tinta con que escribe está mezclada con su propia sangre y luego esa tinta al correr por el mundo se mezcla con la sangre que hizo derramar. Ningún hombre puede abstraerse a la circulación universal de la sangre entre los seres y una sola responsabilidad es común a todos. Sin embargo, los grandes escritores que como Rousseau se refugian en retiros campestres o se enclaustran en el fondo de sus gabinetes, no conocen siempre esa íntima comunicación entre su tintero y el corazón de la humanidad. Se sorprenden al ver el aspecto que toma su verdad al hacerse carne. A Rousseau le habría espantado aquel hombre de Estado frío e implacable, brotado todo él de sus obras.

Y puede que muchas personas viéndolos frente a frente no notasen toda su profunda consanguinidad. Porque en fin hay una diferencia que salta a la vista: Robespierre arriesgaba mucho más, seguramente, su vida que Rousseau. Y, en efecto, el uno murió en el cadalso y el otro murió en su cama.

Los escritores que tienen tan manchadas de sangre las manos como los políticos mueren en sus camas, mientras que éstos son asesinados, o por lo menos amenazados de muerte. Son los políticos los que recogen el elemento mineral, resistente, cortante, en la obra de los escritores y aplican esta piedra infernal a la carne viva de los hombres. Pero a este precio los políticos consiguen una gloria que no alcanzan nunca los escritores: millares de jacobinos (soldados de los ejércitos que recorrían Europa o “sans culottes” del interior) mataron y se hicieron matar por Robespierre mucho más que por Rousseau.

Pero si se examinan mejor las cosas, se ve que no es posible contentarse con esta oposición grosera del lecho y de la guillotina, y que el suplicio de un Rousseau, aunque sea menos brillante, no es inferior al de un Robespierre.

Donde hay que buscar el verdadero riesgo corrido por Rousseau, su verdadero suplicio, que supera al suicidio y a la decapitación de Robespierre, no es en la falta de audacia y de violencia en sus contactos con el siglo: es en la rarefacción gradual de esos contactos. Hay que darse cuenta de ese progresivo desgarramiento con Mme de Warens, con sus hijos, con Mme d'Houdetot, con todos sus amigos y con todas sus relaciones sociales. Sólo conserva a Teresa como un mendigo guarda el último harapo sobre su piel ulcerada. Eso es lo que revela la intensidad secreta de la acción de Rousseau en el siglo, ese estrechamiento progre-

sivo del círculo de su soledad. Sin duda, que su pobreza de artista es soportada, siempre lo protegen y hospedan los ricos; sin duda que sus desavenencias con la monarquía de Francia, la República de Ginebra o la “gentry” inglesa son relativas o en parte ilusorias. Sin embargo, su genio, que agita y conmueve todas las conciencias; destruye también a su débil físico: lo retuerce y lo arranca apartándolo de todo, hasta llevarlo a un aislamiento igual al del anciano, que anticipa el aislamiento del cadáver.

Cuanto más entra un escritor en la intimidad, en lo vivo del mundo, más se asegura comunicaciones inmortales con la humanidad, y cuanto pierde el contacto con sus contemporáneos y sus prójimos más parece extraviarse en la manía de su egotismo, en el fantasma de su yo. Se aleja así del triunfo y del suplicio en la plaza pública.

## RECUERDO DE “LA COMUNA”

POR ANDRÉ CHAMSON

De Vendredi

ME acuerdo de que cuando yo era niño, en las aldeas de la montaña a la terminación de cada comida de fiesta, algunos viejos cantaban siempre una lamentación que era pronto coreada por toda la concurrencia. En medio de las canciones y de las danzas ponía este lamento una nota trágica y misteriosa. Las gentes lo cantan todavía

en mi país y su ritmo languideciente, sus palabras ingenuas, siembran siempre la misma tristeza y el mismo misterio:

“Pleurant la commune egorgée.

O Rossel frappé par la loi,  
Dors en paix, mon enfant,  
ta mort sera vengée”.

¿Cuál es esta comuna? ¿Quién es este Rossel, cuyo sueño acuna el lamento? Apostaría sin temor de equivocarme que los que aun cantan esta canción no sabrían decirlo exactamente. Y, sin embargo, esta comuna no es otra que la del 71, aquélla que costó treinta mil muertos en una semana. Y, sin embargo, este Rossel no es otro que uno de los jefes de aquella comuna, fusilado como tantos y que permanece puro ante la Historia.

Es de la Historia que se trata, justamente, en esta comuna. De la más trágica, de aquélla de los sufrimientos y de las esperanzas de los hombres. Esta canción es cuanto la Historia deja a veces en el espíritu de aquéllos que sobreviven a los sufrimientos hasta que la esperanza vencida un instante retoma su lugar en los corazones. Porque una canción es una presencia, es el más indestructible de los recuerdos.

Este canto ingenuo puede ser, pues, aquello que la comuna ha dejado de más permanente en el espíritu de los hombres de mi país. No hablo aquí de la multitud obrera de la capital, que en los alrededores de Belleville y Ménilmontant vela siempre sobre las tumbas anónimas de la inmensa multitud parisense masacrada en la semana sangrienta. Esta muchedumbre llevará el domingo a la otra de los muertos su homenaje fervoroso. Hablo aquí para los franceses de provincia, para los hombres de los campos que fraternalmente unidos ahora a la masa obrera de París no tienen delante de los ojos nada que evoque a su espíritu el recuerdo de este acontecimiento, nada ni siquiera un muro sombrío, en lo alto de un cementerio.

Porque la Comuna de París ha sido relegada a uno de esos espacios sombríos de la Historia donde todas las proporciones se deforman. Se la cree un episodio sin importancia. Se diría que no tuviera ninguna raíz en nuestro pasado y que no puede pesar en nuestro porvenir.

Sin embargo, tantos hombres no han podido morir sin dejar su huella en nuestro destino nacional. La Comuna tiene su lugar lógico dentro de nuestra historia. Ella es el resumen de todas las pasiones nobles que han animado nuestro ayer. Ella debe contar en nuestro mañana. Nos ayuda a comprender que si el siglo XIX ha sabido conquistar la libertad política, no ha sabido arreglar la cuestión social. Nos recuerda que cada vez que esta cuestión se ha presentado, los hombres de ayer no supieron resolverla mejor que por las masacres.

Pero los muertos no se han llevado sus esperanzas a la tumba. Los mismos problemas subsisten siempre. Ellos son ahora planteados con más insistencia que nunca. Conviene resolverlos de acuerdo con la razón y la justicia.

Para mantenernos en esta misión, la Comuna de París, las jornadas de junio, todos los dramas del siglo XIX, han levantado ante nosotros a un pueblo de héroes. Es detrás de ellos que puede hacerse el acercamiento fraternal de todos los que quieren dar una forma a la eterna esperanza del hombre. Esta realización de la esperanza es el mismo desquite de que habla nuestra lamentación:

**Dors en paix, mon enfant,  
ta mort sera vengée.**

## NOTAS SOBRE LA REVOLUCION FRANCESA

(Introducción)

POR ADOLFO SALAZAR

De Hora de España

**S**ALVO los motivos que se invocan y los medios técnicos de ejecución, las guerras siguen unas líneas muy generales de desarrollo que las asemejan notoriamente, comparadas a cierta distancia. Más grandes son todavía las semejanzas entre los movimientos revolucionarios, porque en ellos el mecanismo responde a situaciones psicológicas de extrema sencillez, cualquiera que sea la complejidad de la situación que las provoque, y porque las masas revolucionarias y sus directores materiales (que se confunden con ellas, aunque no, en ocasiones sus inductores morales) no tienen opción a la originalidad en los movimientos y parecen seguir trayectorias constantes, como los cuerpos abandonados a la acción de la gravedad.

Estas líneas que podrían denominarse "constantes de la Revolución" parecen ser las siguientes: 1.<sup>a</sup> quebrantamiento de los poderes coercitivos del Estado; 2.<sup>a</sup> desbordamiento de las fuerzas populares, tanto más iracundo cuanto que haya intervenido con mayor esfuerzo en el anterior quebranto; 3.<sup>a</sup> traspaso a las masas revolucionarias de los medios coercitivos propios al Estado (fuerza armada, justicia, formas provisionales y elementales de gobierno, aspectos que, en sus primeras fases consisten en armamento del pueblo, expropiaciones y ejecuciones en masa, formación de comités de salud pública) y 4.<sup>a</sup> agresión a los símbolos de las instituciones opresivas.

Estos cuatro aspectos generales de la Revolución son casi simultáneos. Los

más virulentos son, como se comprenden, los primeros en manifestarse, cediendo en seguida en parte por razón natural y después por medio de las medidas de represión con que las nuevas entidades de gobierno encauzan, el curso del movimiento. Me interesa, en este artículo, cuanto se refiere, en tiempos de la Revolución Francesa, a lo que queda indicado en cuarto lugar. Los símbolos de las instituciones estatales, o sea las manifestaciones exteriores y tangibles del Poder que no sean simplemente, las de la fuerza armada, consisten, en todo tiempo y lugar, en un despliegue tan ostensible y magnífico como lo permitan las circunstancias (culturales, económicas, etc.) de las artes suntuarias. Todas las artes, tan pronto como son utilizadas por el Estado, adquieren un sentido afirmativo de su poderío, de su esplendor y todas colaboran en mayor o menor grado, a esa ostentación, sumándose en seguida a ellas los demás aspectos de la cultura y de la inteligencia: la "Instrucción pública, la Educación" o como quiera denominarse se convierte en uno de los más poderosos recursos del Estado, que procura darle, en correspondencia, un aspecto exterior tan opulento como se lo permitan sus medios: a las grandes construcciones eclesíásticas, siempre concebidas como afirmación del poderío de la Iglesia, sigue la edificación de las moradas regias y señoriales que, desde el castillo feudal descienden a las comunas, la erección de grandes monumentos civiles, y entre éstos, principal-

mente, los teatros públicos, museos, bibliotecas, academias e institutos.

En el primer movimiento revolucionario, el pueblo armado (la piedra, el palo y la tea) encuentra claramente manifiesto el símbolo del poder vicioso estatal o clerical (que es un Estado dentro del Estado), en sus dos aspectos más evidentes: templos y palacios. Las demás formas de lo suntuario oficial, menos tradicionales, hijas de un concepto moderno de la cultura y más en contacto y reconocido beneficio con el pueblo, no excitan su ánimo destructor, que no se dirige contra las formas suntuarias por ellas mismas, sino por su conexión con el poder que desea derrocar y del cual las encuentran vivo símbolo. Que se diga al pueblo que tal iglesia está desafectada y que no es más que un museo de viejas esculturas, y el pueblo, como tenemos reiterada experiencia, la respetará sin dilaciones. Que se le diga que determinados monumentos deben ser respetados por su valor artístico, y el pueblo desdenará su parte representativa y pasará adelante. Un palacio real merecerá su respeto si pasa a ser palacio nacional. Un teatro si deja de ser nido de aristocracias haraganas y se convierte en elemento vivo de cultura. Una colección de retratos de reyes, príncipes y validos, si se revalora objetivamente como lienzos meritorios de primorosa mano. El tiempo que media entre la primera explosión de cólera y su apaciguamiento depende del nivel de cultura infusa en el pueblo, ya que un estado elemental de la cultura es el res-

peto pasivo a las formas culturales, a diferencia de la sensación de aturdimiento, de humillación o de minusvalía, de sugestión de inferioridad que las formas suntuarias tienden a producir en el espectador, desde los disfraces abigarrados del reyezuelo africano o polinesio al manto de armiño y carroza triunfal de Napoleón I. Las gigantes cas paradas con que los constructores de los modernos Estados totalitarios han substituído las anteriores formas suntuarias, no tienen otro origen ni otro objeto. A la depresión que producen en el ánimo del hombre culto corresponde la sensación de aniquilamiento y absorción del individuo que producen en el hombre común; pero en ellas se desvanece ya toda idea de mérito artístico o valor cultural, para quedar sólo en pie el espectáculo de la fuerza estatal y de la masa arrolladora que utiliza, actualmente, como instrumento. Conforme la cultura degenera en la simple técnica, el concepto de lo humano se dirige a la entidad fisiológica. Pueden repetirse sin sonrojo los atentados a la cultura del espíritu en autos de fe que achican a los Omar, los Savonarola y los Ximenes de Cisneros, pero se procura superar el rendimiento de no importa qué competición de fuerza o agilidad muscular. En este sentido, la competencia industrial organizada por las grandes entidades capitalistas al servicio del Estado (y recíprocamente) y la organización estatal del deporte se convierten en poderosos elementos de reacción que los Estados totalitarios utilizan en nuestros días en plena conciencia.

POR MANUEL ROJAS

De Sech

EN la historia moderna los pueblos se valorizan, social y políticamente, más que otra cosa, por las transformaciones que han realizado. ¿Por qué Rusia atrae hoy las miradas de todo hombre culto no ligado a intereses de partidos o de clases? Por su revolución. ¿Por qué Francia tiene, en el presente y en el pasado, tan inmenso prestigio? Por su revolución. ¿Por qué México es, entre todas las naciones de Hispanoamérica, la que más atracción posee? Por su revolución. Porque las revoluciones, a pesar de que la palabra sugiere siempre temor, no representan sólo un afán de matar o un deseo de morir; ellas indican vitalidad, indican que los pueblos poseen espíritu y que ese espíritu, encontrando estrecha la forma social o política, pretende superarla. Ellas engendran nuevas formas sociales, nuevas fórmulas jurídicas, nuevas culturas económicas y artísticas. Hispanoamérica necesitó una revolución para surgir a la vida histórica; la necesitó también Estados Unidos y la necesitó, asimismo, muchas otras naciones. Pero el ciclo no está cerrado, e Hispanoamérica y Estados Unidos y todas las otras naciones deberán nuevamente realizarlas a medida que nuevas estructuras económicas, nuevos conceptos jurídicos y nuevas exigencias morales vengán imponiéndose en el mundo.

"Las revoluciones—decía Martí—son nada más que una de las formas de la evolución".

Ahora, si recordamos que las revoluciones las hacen los pueblos, aunque,

desgraciadamente, no siempre en provecho propio, reconoceremos el valor que Martí posee en cuanto enriquecedor del espíritu revolucionario de nuestros pueblos. Porque éstos para poder subsistir espiritualmente necesitan arquetipos, y aunque estos arquetipos no sean sino representaciones dinámicas, símbolos que representan movimiento y acción; aunque no sean sino valores que la dorada mediocridad considera de bajo orden, ellos son los únicos que rigen su vida anímica, los que fijan su carácter y forjan su futuro. Estos símbolos, o estos arquetipos, que en ocasiones nos vienen del fondo obscuro del clan o de la horda, o que son adquisiciones recientes, se heredan en los pueblos con la misma fijeza fisiológica de los rasgos raciales. Los pueblos, la masa de nuestros pueblos, no tienen hasta hoy, debido a su condición de siglos, símbolos o arquetipos intelectuales; sólo tienen los que he indicado: de fuerza y de acción, emocionales.

De esta manera el pueblo de Chile no sabe sino en ínfima proporción quien era o si existió don Alonso de Ercilla y Zúñiga; igualmente, ignora la existencia de don Mariano Egaña; pero sabe demasiado bien quien era Caupolicán, y no olvidará nunca a Manuel Rodríguez, a pesar de que el primero no era poeta ni el segundo escribió Constitución política alguna. Estos dos seres, fabulosos o reales, al pueblo no le importa averiguar si son lo primero o lo segundo, han sido incorporados a los arquetipos de la raza y son, conjun-

tamente con otros, sus dioses, el ejemplo que obscuramente pretenden imitar y que en los momentos decisivos surgen de su alma y lo empujan al heroísmo y a la muerte.

Estos arquetipos se transmiten en los pueblos por tradición oral, y aun aquellos que son una pura creación literaria, llegan a ellos en la misma forma. La creación literaria rebasa, debido a la fuerza de su genio, los reducidos moldes del

pensamiento escrito y se derrama sobre los pueblos, cumpliendo así una de sus funciones más nobles y menos conseguidas: enriquecer al pueblo con imágenes que engrandezcan su alma elemental y profunda. En la trayectoria, estas imágenes, como sucede con los proyectiles de gran potencia, se desfiguran un poco, pero a pesar de esto llegan al pueblo con todo su dinamismo y su poder expansivo.

## AMERICANISMO Y AUTOCTONISMO

POR MARIANO PICÓN-SALAS

De Atenca

ENTRE los propósitos más claros de la gran generación americana de la Independencia, estuvo el de que estos pueblos al "romper las cadenas de España" se incorporaran y beneficiaran activamente del progreso occidental moderno. Por ello un precursor de la talla de Francisco de Miranda, simultáneamente que a sus paisanos quiso vencer a los políticos y economistas británicos y llevó su conspiración criolla hasta los cenáculos de los revolucionarios franceses. Metafóricamente, podemos decir que la emancipación era necesaria para comerciar de modo directo con Inglaterra, que vendía entonces las más baratas telas de algodón y para leer, sin miedo de los inquisidores, los libros de Francia. Esta voluntad progresista se imprime entonces como consigna histórica y como manera de llegar al verdadero nacionalismo americano en los criollos que sabían más y realizaban mejor: Bolívar, San Martín, Ri-

vadavia, Mariano Moreno. No por simple coincidencia aquellos libertadores, antes de libertar, se habían paseado al través del movido mundo de la "Enciclopedia", la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. En gran parte, los defectos y males de la casa propia se les descubrieron bien desde afuera. Por ello un pensamiento como el de Bolívar es radicalmente distinto de los que antes de él o simultáneamente, pensaron que la Independencia significaba la degollina de españoles y una como retirada obscura en el desierto americano con todas nuestras supersticiones. Las luchas de Bolívar con los que él llamó gráficamente los caudillos de las "patriecitas"—un Mariño, un Páez, un Arismendi—tuvieron precisamente ese sentido y representan la responsabilidad civilizadora frente al autoctonismo exclusivista y bárbaro. Bolívar encarna así una gran conciencia moderna contra el pasado colonial. De aquí proviene lo

que un gramático llamaría los "galicismos" de Bolívar; su escritura breve y fulgurante, aquella manera efusivamente directa de penetrar el fondo, las fórmulas precisas y nerviosas con que quiere ceñir—sin circunloquios—la compleja cuestión americana. Frente al lento y embarazado discurrir de la prosa colonial española de su época, detenida en un barroquismo formal, carente de contenido histórico y de visión directa de la realidad, el lenguaje de Bolívar—y se le oye hablar todavía con la palpitación de la vida en la más humilde carta familiar y el más descuidado diálogo del "Diario de Bucaramanga"—es el del hombre que descubre. Europa como a sus otros grandes contemporáneos le había enseñado a ver; fué amigo de sabios como Humboldt y Bonpland; penetró en la tendencia naturalista y empirista del siglo a través de las enseñanzas de don Simón Rodríguez, leyó a Locke, a Montesquieu y a Rousseau en las fuentes originales. Volvió, pues, de Europa con las pupilas engrandecidas. Entre las dos maneras de sentir y entender lo americano que ya se perfilaban en su época: el autoctonismo hermético a lo Doctor Francia, amurallado en su Paraguay nativo y ferozmente xenófobo y el americanismo que arraiga y utiliza para creaciones nuevas la experiencia europea, Bolívar representa la idea occidentalista. Contra el colonialismo español aspira no sólo a la reforma social y moral que anima todos sus documentos públicos, sino también al progreso que deberían traernos los ingenieros. Un día piensa en la necesidad de un Canal de Panamá, más grande y más útil que el de Corinto que proyectó César, y si-

guiendo la reminiscencia clásica supone que junto a ese Canal de Panamá podrán encontrarse como en una nueva "Liga de Delos" los pueblos de nuestro continente. Con emoción geográfica y enteramente moderna, ha hallado en el mapa sudamericano un curioso punto. Es precisamente esa ciudad de Angostura donde el año 1819 ha reunido a los legisladores de Colombia. Puerta y puerto del Orinoco, gran boca que expele hacia el mar todo el vasto mundo misterioso de la selva americana, supone que por aquel gran camino fluvial que no es a su vez sino una avenida del inmenso camino amazónico habrá de conquistarse para la humanidad el enigmático centro de nuestro continente. Angostura en el norte y Buenos Aires en el sur, unidas al "hinterland" americano por un prodigioso varillaje de ríos, se le aparecían a Bolívar como las Constantinoplas o las Babilonias de una nueva civilización. Siente, pues, la historia en activa profecía, en intercambio y comunicación de razas y pueblos y es por ello un gran ciudadano del llamado "Siglo de las luces".

La acción bolivariana y de los que coincidieron con él se diferencia así profundamente de otros movimientos aislados que precedieron al de 1810, como el de las masas indígenas de Tupac-Amaru en la sierra peruana a fines del siglo XVIII. El caudillo indígena sólo tuvo el instinto de vengar su humillada raza; soñaba una quimérica resurrección del incanato y rescatar el continente para los ya secularmente vencidos "hombres de bronce". Era este un movimiento proyectado hacia el pasado, antítesis y negación de la conquis-

ta española, ferozmente xenófobo y exclusivista desde el punto de vista racial. "América solamente para los indios" parecía decir el mestizo cuzqueño, así como en las guerras venezolanas de la Federación llegó a pedirse la "patria de los negros" que debería ser distinta de la que hicieron "los blancos". La imposibilidad de semejantes consignas se ejemplarizó en el fracaso y martirio de Tupac-Amaru. La inmensa superioridad de los jefes de 1810 es que aceptando y comprendiendo el fenómeno del mestizaje americano, no intentan una imposible política basada en la "sangre", sino en la cultura. Así también lo advirtió el gran indio Benito Juárez en el México de los años 50. El problema no consistía en retroceder a los dorados imperios de los Incas o los Aztecas, sino en superar la conquista española. España era entonces un obstáculo, no porque había destruido lo indígena—esto era un tema de elegía no de política—sino porque cerraba los caminos de la vida moderna. Al futuro y no al pasado era necesario marchar. Y al decidirse por la "cultura" y no por la "sangre" se imponían técnicas y formas occidentales. Teníamos que adoptar lo europeo, porque entre nosotros y el "Popol-Vu" de los mayas y los jeroglíficos aztecas y los policromos vasos peruanos, se había ya interpuesto la fatalidad de otro lenguaje y de otro clima histórico. Lo indio ya no era historia sino prehistoria.

Contra la solución bolivariana ha vuelto a suscitarse en nuestros días el problema de un romántico indeginismo. Profetas turbados buscan el mejoramiento de las masas americanas no llevándoles—como es lo claro y lo justo—

las formas de democracia, de organización social y de distribución económica que debimos aprender del Occidente culto, sino queriendo invocar los callados númenes de una América indígena que fatalmente enmudeció hace ya cuatro siglos. Por uno como conjuro mágico se quiere extraer de las claves rotas de un mundo desaparecido fórmulas viables en la existencia social de hoy. Y dijérase que los doctores que lo propician intentan olvidar los aviones y los transatlánticos y los libros europeos para sumirse en el subconsciente histórico y extraer de allí uno como nuevo mensaje sibilino. La vanidad de ciertos teóricos nos invita a prescindir de lo que aprendimos de Europa para entregarnos como mesméricamente, a su humosa enseñanza. Por culpa de este romanticismo—tan vago como todos los romanticismos—el destino del continente que en la simple y clara fórmula de la Independencia significaba "proximidad y aprovechamiento de la civilización moderna" ahora se nos esconde entre turbias galimatías. Nuestro ya enorme problema cultural y social se recarga de obscuras reivindicaciones étnicas olvidando que los incas mismos—adelantándose a los españoles—ya habían creado con la costumbre de transportar tribus de una a otra comarca de su diverso Imperio y juntando lenguas y razas enemigas, uno como pre-mestizaje americano. Así la cultura incaica prevaleció sobre otros pueblos indios avasallados, como a su vez ella debería desbaratarse por lo español. Y el inca Garcilaso tuvo que llorar y evocar ya, en lengua de Castilla, los mitos y las imágenes de un peético mundo desaparecido.

Los neo-románticos que nos hablan de la cultura americana como antítesis de lo occidental y buscan en piedras y razas que se quedaron mudas las nuevas consignas sociales, obran como aquellos estetas ingleses que en pleno auge de la época industrial hubieran querido resucitar las formas medioevales del artesanado europeo. El obrero de la época más sombría del industrialismo inglés no iba a salvarse y a recuperar su deprimida condición humana restaurando bajo otro clima histórico el trabajo de los pequeños talleres domésticos y la organización gremial de la Edad Media, aunque ello pareciera lo más hermoso a los estetas. Asimismo no son las formas de un indianismo muerto las que han de regenerar las masas americanas. En el dominio de lo práctico, son para ello más eficaces los instrumentos y técnicas occidentales. No es tampoco la divergencia y el combate racial sino su fusión y síntesis, la posibilidad de acrecentamiento, justicia y espacio que se llama América, lo que verdaderamente tiene sentido.

Aquel programado alarde de emancipación cultural es, pues, por el momento, quimera o majadería. Nuestro pensamiento y acción tiene que medirse con métodos y valores occidentales, porque no hemos inventado otros; porque Europa aun está en lo que leemos o pensamos. Que lo occidental se haga nuestro no por la copia mecánica sino por la adaptación consciente es todo el problema. Dentro de la inevitable enseñanza occidental será el cambio producido por nuestra propia latitud social o geográfica lo que puede llamarse americano. Hay una tendencia (y de ella debemos precavernos) de disculpar lo mal

hecho "porque todavía somos pueblos jóvenes", de interpretar como signo de americanidad lo que parece oscuro o informe. En ciertas manifestaciones de la expresión criolla, el manoseado "autoc-tonismo" no es sino el grosero fetiche de nuestra desidia o nuestra confusión mental.

Si aquel tipo (el de Sarmiento) presenta alguna analogía, es con los hombres de la Revolución Francesa, por su devorador espíritu de acción y su amor terrible a la libertad. Si su aspecto rocalloso lo aproxima a Mirabeau y a Dantón, su espíritu presenta una recóndita analogía con Robespierre, tan diverso, sin embargo, a primera vista.

Descollaba en Sarmiento el mismo odio inmenso a la tiranía, la misma severidad implacable, el mismo concepto de exterminio peculiar a los espíritus absolutos, contra el sistema y sus agentes. Así la guerra sin piedad a la montonera, bajo un estado de ánimo manifiesto en aquel proyecto de ley que ponía a precio la cabeza del rebelde López Jordán. Todo lo cual no excluye la vasta capacidad gubernativa, en aparente contradicción con la potencia destructora, puesta a la zapa del despotismo. Ese equilibrio de cualidades tan diversas, es principalmente un don genial; pues claro está que para comparar a Sarmiento, busqué los más grandes hombres de la Revolución.

Naturalmente que con guillotina y todo, pues tan ásperas eminencias no admiten el esmeril. Vaya uno a disimular en semejante cima de vociferación como Sarmiento, entregado a todas las responsabilidades con jactancia casi brutal, el exterminio de la montonera a sangre y fuego. Si el mismo lo alardeaba con bravía provocación: "Todos los caudillos llevan mi marca".

Leopoldo Lugones.—"Historia de Sarmiento".

POR PAUL MORAND

(Extracto de una conferencia pronunciada en París bajo los auspicios de la Comisión argentina de Cooperación Intelectual)

Las hermosas damas de Buenos Aires han servido frecuentemente de modelo a nuestros pintores famosos; pero la Argentina ha sido menos afortunada con nuestros escritores. Sin embargo, (con excepción de los españoles, naturalmente) los franceses fueron los primeros europeos a quienes se les ocurrió buscar su inspiración en los países del Plata; pero lo han hecho con una falta absoluta de seriedad, como vamos a verlo.

\*

Durante cinco siglos nuestra literatura estuvo atravesada por las siluetas pueriles e inauténticas de esos sudamericanos de opereta inventados por autores sedentarios, ciegos testigos de siglos que no veían ni gota, faltos de viajes. Verdad es que con el siglo XIX y sobre todo con el siglo XX íbamos a entrar en edades mejor informadas, en que una documentación exacta e instantánea barrería los antiguos errores... ¡Oh!, para reemplazarlos por otros y esta vez a costa de lo pintoresco.

Los cronistas de la Edad Media y del Renacimiento que eran los verdaderos periodistas de la época y, como todos los periodistas aumentaban de buen grado los acontecimientos y los personajes, afirman haber visto en América gigantes patagones con grandes pies (de ahí el nombre) y la frente ornada por un ojo único y terrible. Montaigne, su contemporáneo, cuyo buen sentido co-

loca siempre las cosas en su punto, no considera a estos primitivos habitantes del Nuevo Mundo mucho más crueles que nosotros mismos: "Los sobrepasamos—dice—en toda suerte de barbaries". Es que escribe al mismo tiempo sobre la Inquisición; Inquisición y exploración son dos términos casi sinónimos. Montaigne estaba por otra parte bien informado, habiendo tenido, dice, "mucho tiempo conmigo un hombre que había vivido diez o doce años en ese otro mundo descubierto en nuestro siglo".

Además, en su infancia debía haber leído un libro del cual los ejemplares son harto raros hoy: "Les Singularités de la France Antartique". El autor, André Thevet, "nativo de Angulema", era un monje franciscano que para disipar el hastío del convento, leía con pasión los relatos de viaje. Leer es partir un poco. Habiendo trabado conocimiento con cierto caballero, Villegagnon, lo acompañó al Brasil donde se trataba de fundar una colonia... ¡protestante! (Nuestro franciscano tenía la conciencia amplia). Desde la llegada al Río de la Plata cayó enfermo y permaneció un año en el lecho; no lo abandonó sino para embarcarse, sin haber podido visitar el país. Durante el viaje de regreso, se hizo describir todo cuanto debió haber visto, por los marinos, que lo embaucaron. Es por eso que su Pampa aparece poblada de rinocerontes, "animal del que puede for-

marse una idea si se han visto licorios". Las Amazonas se convierten en amables personas que pasean al viajero a su costa sobre ese río, que para recompensarlas, lleva su nombre. El Canadá y la Florida están un poco alejados y lindan con el Perú que, como cada cual sabe, no es más que un pequeño archipiélago... Y el buen franciscano concluye impudicamente que no se lograría describir el país "sin haberlo visto". Posteriormente, este monje-viajero se convirtió en el limosnero de Catalina de Médicis que, como todas las mujeres, no debía ser muy exigente en cuanto al capítulo de la geografía.

El salvaje provocaba en tal forma interés que Ronsard consagra a Villegagnon una oda famosa, y después de 1550, Ruan organiza una exposición colonial en la que figuran, tirando la cerbatana, en medio de una decoración exótica, cincuenta indígenas traídos del Río de la Plata.

El buen aspecto de los indígenas trastornó a toda la Corte, a una parte de la ciudad y a varios conventos; conocieron las más lisonjeras aventuras. El mismo poeta Malherbe quiso verlos; pero sus cartas revelan una gran decepción. Quizá esperaba encontrarlos más empenachados aún.

El vulgo, en Francia, ha creído que los americanos vestían con plumas. La portera de una dama argentina de mi amistad le dijo un día: "La señora me ha mostrado todos sus vestidos comprados aquí; pero, ¿no podría ver ahora su verdadera ropa, la de su país, su traje de plumas, su vestido de salvaje?"

Un poco más tarde América se pone de moda con la bella Francisca d'Aubigne, a la que llamaban la joven

indígena; esta joven indígena, es la futura Madame de Maintenon y su matrimonio secreto con Luis XIV es el primer matrimonio francoamericano.

Medio siglo más tarde el virreinato del Río de la Plata entra triunfalmente en la novela francesa en la persona de Cacambo, porque Voltaire hace nacer a Cacambo en Tucumán. Sabéis con qué fantasía el país está descrito en "Cándido". Pero el propio Cándido no piensa más que en su querida Cune-gunda y en libertarla del gobernador de Buenos Aires, que responde al admirable nombre de don Fernando de Ibarra y Figueroa Mascarones y Lampurdos y Souza. (¡Souza! ¡El gobernador de Buenos Aires con nombre brasileño!) Voltaire es el primero de los escritores franceses — habrá otros — que creen que los argentinos hablan portugués.

\*

El primer tercio del siglo XIX, es, como me lo escribía Valéry Larbaud: esta enfadosa época de novelas de aventuras exóticas en las cuales los americanos de origen español gritan (en italiano) "¡mirácolo!" Y agregaba Larbaud, se podría llamar "miraculismo" ese exotismo mal informado. Se podría también bautizar todo lo vulgar español del siglo XIX: "toreadorismo", de la palabra "toreador", que no existe en español, pero que suena mucho más a española en nuestros oídos que "torero". (Fué Merimée quien inventó "toreador"). Anatole France, ¿no ha celebrado el café del Uruguay, y Loti no ha visto en el Brasil, caobas, esencia de la América Central?

Nuestros escritores de hace cincuen-

ta años, en lugar de complacerse en tales fantasías, hubieran hecho mejor en escrutar más atentamente la historia argentina. Habrían encontrado tipos admirables como ese Santiago de Liniers, expatriado francés, ex teniente del Royal Piemont, que bajo el Primer Imperio conquistó dos veces Buenos Aires a los ingleses y fué hecho por el rey de España virrey del Río de la Plata, conde de Buenos Aires y de la Lealtad. De la lealtad, porque sus majestades católicas tenían por costumbre doblar el mérito de las virtudes transformándolas en títulos de nobleza.

No os citaré sino al pasar un libro que apareció en los últimos meses del Segundo Imperio, un libro que se dirigía a la juventud con la intención de instruirla: "Los hijos del Capitán Grant", por Julio Verne. Hay en él una travesía científica imaginaria de la República Argentina, siguiendo el grado 37 de latitud, adornada de trombas de arena, temblores de tierra, inundaciones, ataques de lobos rojos y cocodrilos. Bajo el Segundo Imperio, cuando se trataba de describir la Argentina a los niños no se escatimaba nada.

Lo más triste es que durante este tiempo, un escritor francés se hacía célebre en la Argentina, como pintor de la vida local: Paul Groussac. Según opinión de todos los literatos argentinos, nadie ha estado más cerca del conocimiento del alma tradicional y de la historia de su país. Groussac llegó muy joven a Buenos Aires, y hablaba y escribía el castellano más puro. Naturalmente, era casi desconocido en Francia.

Un gran diccionario francés describe todavía en aquella época a Buenos

Aires en estos términos: "A caballo es como los mendigos imploran vuestra piedad en la esquina de las calles. Las mujeres de Buenos Aires bailan con gracia, cantan con alma, acompañándose siempre con castañuelas, y ofrecen al extranjero una hospitalidad frecuentemente... peligrosa para su reposo".

En los comienzos del siglo XX, en nuestra literatura, el argentino aparece un poco menos monstruoso, pero todavía bien desnaturalizado. Es el principio de una nueva era. Es la época en que Enrique Larreta lleva a París, al "Mercure de France", con su "Don Ramiro", un triunfo literario y otorga entre nosotros a la literatura argentina sus títulos de nobleza.

Al mismo tiempo, Jules Huret publicaba en dos volúmenes una excelente encuesta sobre la Argentina, intitulándola: "De Buenos Aires al Gran Chaco": en ella desfila todo, la ganadería y las visitas a las estancias, el Delta y los dominios forestales, Misiones y el mate, las lagunas del Chaco austral y las ruinas jesuíticas, Liebig con su olla gigante y las especulaciones sobre terrenos, el Museo Mitre y las devastaciones de la langosta.

Finalmente, Francia envió a la Argentina su escritor más universalmente célebre: Anatole France, quien había consentido en ir a Buenos Aires para hablar sobre Rabelais.

En 1913, Leopoldo Lugones llega a París. Desde enero de 1914 este espíritu enciclopédico funda la "Revue Sud-Americaine" en la que exalta a la Argentina, Francia, el panamericanismo. Pero la guerra interrumpe su esfuerzo

y le impide hacer conocer a los escritores franceses una Argentina digna de su atención.

Después de la guerra, la "Revue de la Amerique Latine", de Lesca, y más recientemente la "Revue Argentine" han reanudado el esfuerzo de Larreta y del lamentado Lugones; más aún las grandes universidades argentinas, después los "Amigos del Arte", y luego el P.E.N. Club han acogido a muchos de los nuestros con un calor y una amistad nunca desmentidos, a pesar de la distancia y la ausencia, y que, por mi parte, jamás olvidaré.

Mientras Keyserling y André Siegfried desmontaban más profundamente y más metódicamente de lo que hasta entonces se había hecho en la Europa occidental el imperio iberoamericano y rompían con una larga tradición literaria de pilotaje sin visibilidad, la Argentina suministraba ciertos personajes a Jacques Porel (en "Corps et Biens") y más tarde a Giraudoux (en "Combat avec l'Ange").

\*

¿Un retrato fiel y completo del pueblo argentino? Todavía lo aguardamos; un retrato que no olvide ni sus chacareros italianos, ni sus cabañeros vascos, ni sus peones indios a punto de desaparecer, ni sus agricultores gallegos, ni sus colonos israelitas, sus caldereros gitanos, sus fundidores alemanes, sus planchadores chinos, sus parteras catalanas.

Nuestros viajeros con misiones oficiales, en giras de conferencias, en viajes de negocio pasan demasiado rápidamente para hacernos conocer la célula madre de la vida argentina, las

familias cuyas fotografías en pirámide atestiguan la fuerza compacta, la latitud con sus comidas-banquetes y sus casas cerradas donde las mujeres, las bellas porteñas, llevan una existencia enclaustrada, donde los jóvenes matrimonios ocupan toda la vida los departamentos que ocuparon antes sus mayores y siempre bajo sus miradas. El alma del iberoamericano, a la vez retrógrada e ilógica, hábil e ilusionista, profunda y liviana, optimista y triste, pesimista y entusiasta, ¿quién entre nosotros la conoce?

¿En qué nos muestra nuestra literatura cómo un banquero argentino no se parece a un banquero yanqui? ¿Qué nos pone en relieve del abogado, esa profesión típica de Sudamérica? ¿Qué nos dice del abogado arrellenado en su gran sillón, tan atiborrado de honorarios y también tan elástico como su profesión, la que va desde las más altas cumbres del Estado hasta las especulaciones inmobiliarias de la ciudad?

Yo no sé lo que las literaturas italiana y norteamericana han podido extraer de todo esto; sólo sé que las literaturas alemana e inglesa son, a este respecto, más ricas que la nuestra. No tenemos nadie para oponer a un Cunningham Graham, a un W. H. Hudson, ese poeta en prosa de la pampa, que pronto será un gran clásico inglés. Es un alemán, Humboldt, quien ha hablado el primero, como sabio y gran escritor, de la inmensidad sudamericana; es otro alemán, Keyserling, quien ha publicado sobre el alma de la Iberia austral el testimonio europeo más importante. Francia, que a despecho de sus grandes exportaciones de capitales poco ha participado en la formación

económica de la América del Sur, tampoco se ha interesado en conocer el espíritu de estos países y frecuentemente los ha estudiado sin entusiasmo. Parece que hemos olvidado que si la Argentina pudo conquistar su independencia, fué porque dos años antes las tropas de Napoleón I habían atravesado victoriosamente la frontera de la España de Fernando VII. Ignoramos las bases estratégicas de su pensamiento y las salidas de su inteligencia no las conocemos más que por una somera ojeada a los suplementos dominicales de "La Prensa" y "La Nación", esos dos cotidianos considerables, esos Amazonas de la información intelectual, esos ríos de la Plata de la documentación mundial, que son honor del periodismo contemporáneo, ¿quién de nosotros, los lee verdaderamente? ¿Qué sabemos de la política exterior argentina? ¿Cuál de nuestros diarios hipnotizados por otros problemas, nos ha mostrado (este artículo yo lo busco desde hace dos años) la repercusión del drama de la revolución española en la América del Sur? En cuanto a los films, los que nos pintan el trágico ir y venir de los correos aéreos de la América del Sur son rodados en cualquier Joinville y los otros nos arrastran a las pocilgas de la trata de blancas, mientras aguardamos todavía las bellas imágenes de los Andes y de la Tierra del Fuego.

La Argentina, esa nación que lleva uno de los más hermosos nombres del mundo, que tiene quizá (con la bandera griega) los más estéticos colores, antaño fué menospreciada por los virreyes españoles, porque ella era (siguiendo la expresión de la época) "pobre

en bastimentos", ¡ella que debía ser un día uno de los graneros, uno de los comedores del mundo! No imitemos el error de esos descendientes anémicos de los conquistadores. Obremos de suerte que un día no se diga de nosotros, escritores franceses, que la hemos desdénado porque, en nuestra ignorancia la creíamos "pobre en alimentos sociales, historia, geografía".

Quizá llegarán días en que después de cualquier catástrofe, ¡ay, no imprevisible! la América del Sur y más particularmente la Argentina (único país iberoamericano que no se remonta al indianismo, sino que al contrario se vuelve netamente al encuentro de Europa) se convierta en el refugio de las riquezas espirituales de la raza blanca.

Una nueva era no comienza al estallar o al concluir una gran guerra, al producirse una profunda transformación política, al ocurrir una incisiva alteración territorial, sino en el momento en que entra a actuar una nueva variedad de la especie humana.

En la historia sólo cuentan las vivencias interiores del hombre. Pero el impulso inmediato nace muy a menudo de una conmoción externa, de una catástrofe general: una gran epidemia, una profunda alteración de la estructura social, una invasión muy extensa, una repentina transformación económica. Por tanto, un trauma violento, un choque es el punto de partida; así las migraciones dóricas, la invasión de los bárbaros, la Revolución Francesa, la guerra de los treinta años, la Guerra Mundial. Cada choque determina una neurosis traumática que es el verdadero caldo de cultivo de lo nuevo.

Egon Friedell.—"Historia de la cultura de los tiempos modernos".

POR EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

De La Vida Literaria

\*

Hay una manera de leer que consiste en ir colaborando con el autor. Muchas veces el procedimiento lleva a leer lo que no está escrito, pero muchas más al descubrimiento de sutiles valores literarios ocultos: a) en la obra, b) en el lector.

\*

a) Toda obra que hemos entendido bien acrecienta en nosotros la seguridad de nuestras propias fuerzas.

b) Bajo la capa de un buen lector se esconde un mal escritor.

\*

A medida que avanza mi tiempo, descubro con tristeza que prefiero leer en los idiomas que menos domino.

\*

Ha de ser cosa terrible escribir una obra inmortal. Primero, porque creo que es costumbre dejar que el autor se mueva sin hacérselo saber; segundo, porque siempre se tiene lectores más inteligentes que el autor, empeñados en demostrar su genio; y tercero, porque hasta llega a conquistarse la gloria en ediciones clandestinas...

\*

Y al fin termina uno como Mefistófeles o Trotaconventos arrastrando a otros al pecado: —Es una lástima que no escriba usted; hace tiempo que no veo nada suyo; ¿por qué no publica usted?, etc.

MUY pocos entre nosotros los artistas, pueden vivir de lo que producen. Nos vemos sometidos a cierta mendicidad de un orden muy difícil de discernir, pero que avergüenza. Como el dinero que puede aquí obtenerse con la literatura no alcanza a sufragar las exigencias más indispensables de la vida, y como esa producción lleva el signo fundamental de nuestro destino, nos avergüenza el desequilibrio de orden pecuniario, como si la deficiencia en la capacidad de ganarnos el pan con lo mejor que somos capaces de hacer, afectara a nuestra más noble substancia. Así es difícil separar el arte de la vida.

\*

Poco a poco se va perdiendo la voluntad de escribir, hasta que se contiene uno al borde de la esterilidad. Ya sé que esto es por muchas razones poderosas. Pero ahora se me ocurre pensar si no será, en primer término, porque habiendo hecho un vicio de la lectura, hemos aprendido a escribir a medida que vamos leyendo.

\*

También entre nuestros hombres de fortuna hay grandes escritores. También nuestros escritores ricos escriben poco. Escribir bien les cuesta.

\*

La mayoría de los autores atraviesan estas tres etapas: escribir para decir; escribir para que digan; escribir para decir que dicen.

POR CARLOS VICUÑA

De Anales. U. de Ch.

CUANDO el doctor Lenz llegó a Chile, en 1890, la Gramática era preceptiva y rutinaria. Pretendía enseñar a hablar correctamente a los que ya poseían su lengua materna con dominio perfecto. Ella quería corregir el lenguaje espontáneo sometiéndolo a la ley arbitraria o terca de los escritores clásicos. Cervantes y Lope hablaban y escribían mejor castellano que nosotros y apartarse de ellos era herejía. Cómo se expresaba Cervantes, cómo lo habría dicho Moreto, Tirso o Moratín era sin duda más correcto que cómo podía espontáneamente expresarlo un hijo del Mapocho. Comparando aquellas formas sagradas de escribir con lo que nosotros decíamos y aun escribíamos, no cabía duda de que habíamos estropeado la lengua de nuestros mayores. Dos principios regían la gramática: el uso de los clásicos, "de los buenos hablitas", y la lógica de la lengua, es decir a la vez la conformidad semántica y la concordancia sintáctica. Lo demás era bárbaro: solecismo, galicismo, cacofonía y pleonismo.

A los viejos profesores de gramática la lengua misma se les escapaba: no la veían, no la sentían, no la gozaban, no la admiraban. Su expresión enérgica o apasionada, pintoresca o sutil, no tenía pro alguna si en ella advertían una concordancia errónea, una acepción dialectal, una redundancia inútil.

La lengua, que decían respetar y venerar, era una cosa muerta, que ya ha-

bía sido fijada definitivamente por la Real Academia Española.

Lenz tenía otra formación intelectual: espíritu positivo y sagaz, formado desde niño en la escuela de la filología moderna, sólo veía en cada lengua humana un fenómeno social, vivo y mutable, en perpetuo desarrollo, sometido a la ley infinita de un devenir también interminable. Las categorías gramaticales, los substantivos, adjetivos o adverbios, las leyes de la concordancia, eran sólo clasificaciones destinadas a entender el fenómeno, a percibir las leyes reales que lo rigen, pero no formaban parte del idioma mismo.

El hombre las había creado como ha creado la geometría y la mecánica, para atribuir al mundo una racionalización que lo haga inteligible, pero no porque esas categorías de la mente, esos valores subjetivos, sean realidades de las lenguas, inalterables e inviolables.

Este punto de vista tan diferente unido a su sagacidad e inteligencia, lo hizo un crítico formidable de la gramática tradicional. La lucha lo enardeció y su instinto de polemista lo llevó a pulverizar libros, sistemas y fetiches.

Había gente que lo odiaba, que lo hallaba funesto, que suponía que por él, por su cátedra del Pedagógico, se iba a destruir la lengua castellana en Chile, que llegaríamos por su culpa a hablar algarabía, como había dicho Mora en un soneto irreverente, sesenta años antes. No le perdonaban que no mirase

la Gramática de Bello como cosa santa; que osara criticarla y hasta ridiculizarla. En realidad la respetaba como obra considerable y genial, como esfuerzo de paciencia, de erudición, de lógica, como una maravilla de interpretación de los fenómenos de la lengua, como obra maestra de sagacidad filológica, pero no imaginaba que fuese la última palabra de la ciencia ni aceptaba su criterio preceptivo, que apunta a menudo sus orejas entre las más brillantes interpretaciones de su genio. No la criticaba por el gusto de polemizar o por diversión de erudito, sino para mejorar la doctrina, completar o rectificar la información. En el fondo hacía la misma obra sagaz y fecunda de Cuervo, sólo que carecía del respeto venerante del sabio colombiano.

Sus verdaderos alumnos, los que querían beber su ciencia y su lógica, los que buscaban ante todo enriquecer su espíritu de verdad y de nociones, no pueden sino estar agradecidos a su enseñanza, a su crítica acerada y certera, a su penetración quirúrgica en las afirmaciones de Bello. Sólo que esta tarea negativa lo entusiasmaba demasiado. El tiempo volaba y raras veces tenía la ocasión de crear una doctrina de reemplazo. Fallaba, por entusiasmo demoleedor, en la tarea indispensable de formular una doctrina afirmativa, que sus alumnos, en su inmensa mayoría, habían menester. Dántón, el ilustre revolucionario, no lo habría aprobado: *on ne détruit que ce qu'on remplace*.

Era, sin embargo, como él, un revolucionario ideológico de primera fuerza. La autoridad carecía a sus ojos de todo prestigio si estaba contra los hechos, contra la razón o contra la ló-

gica. Enseñó durante cuarenta años a mirar en la lengua un fenómeno independiente de las teorías de los gramáticos, a observarla en su realidad íntima, en su fonética espontánea, que va degradándose sola de boca en boca a través de las generaciones, en la mutación inverosímil de sus significados, en sus analogías arbitrarias, en el ilogismo creciente o decreciente de su sintaxis verdadera.

Afirmaba sólo lo que veía, sin hallar vicio o incorrección en parte alguna, y tratando siempre de dar una explicación general del fenómeno normal o teratológico que observaba. No se irritaba contra ella nunca, y al contrario, como los médicos, hallaba placer en alguna de esas monstruosidades que escandalizaban antaño a nuestros mayores. Así como el cirujano se extasia ante un bello tumor, ante un magnífico caso de cáncer, él se refocilaba ante un solecismo piramidal.

Y todo esto lo explicaba con una sagacidad, con una claridad, con una penetración que lo dejaban a uno satisfecho y sabedor. Su clase resultaba así inolvidable, porque más que nociones estereotipadas, le daba a uno un criterio que lo dejaba apto para pensar y juzgar con su propia cabeza, libre de dogmas precarios y armado de un método cierto e infalible.

Yo no podía simpatizar con la Revolución Francesa, ya que sus errores, que tenía siempre presente, no dejaban de escandalizarme todos los días y a cada hora, en tanto que por aquel entonces no se veían todavía sus consecuencias benéficas.

Goethe.—A. Eckermann, 1824.

POR PAUL GROUSSAC

1848-1929

Ayer, Viernes Santo, almorcé en el restaurante con tres amigos míos que practicaban como yo la libertad de pensar, reconociendo a las creencias ajenas los mismos derechos que a las propias. No habiendo nada que hacer, fuera de las visitas a los templos, prolongamos un tanto la sobremesa; y la charla familiar, después de mucho correr, se asentó en las ceremonias de estos días, con las leyendas extrañas o terribles que les han ingerido veinte siglos de fe. Entre éstas, ninguna superstición más esparcida y tenaz, ninguna preocupación más arraigada en la muchedumbre católica que la llamada del "crimen ritual", que acusa a los judíos de amasar los panes ázimos de su pascua, o "pesah", con la sangre de vírgenes o de niños cristianos. Y no se crea que la civilización ha extirpado del alma popular esa obsesión abominable, que en los tiempos medioevales ha llenado de sangre israelita los "ghettos" y sinagogas de Europa. Año no hay en que la "Semana Santa" no vea florecer en algún punto de la cristiandad la planta maléfica que, semejante a la mandrágora de los brujos, brota y se alimenta del rocío purpúreo de los cadáveres.

Esta es la hora en que se halla pendiente, ante los tribunales de Austria, la revisión del proceso de Polna, del que acaba de salir condenado a muerte (por el supuesto asesinato de una muchacha católica) un zapatero judío, enclenque y medio idiota, a todas luces inocente del fantástico crimen. Y esta

nueva monstruosidad judicial se ha perpetrado por magistrados fanáticos, en medio de los aplausos antisemitas, no faltándole, por supuesto, el de Drumont, siniestro farsante de la intolerancia, aun más destituido de sinceridad que de talento, a quien se elogiaría demasiado apellidándole "Torquemada de bulevar".

Y como, alrededor de la mesa, prorrumpíamos en exclamaciones de indignación y asombro ante la persistencia de esa atroz leyenda de sangre—no sólo contradicha por todas las investigaciones históricas y el fallo de varios papas, sino abiertamente contraria a los preceptos de la ley mosaica y del mismo Talmud—mi paisano y camarada Próspero Grimsel (de la razón social "Santerre et Cie"), nos dijo tranquilamente:

—No hay que asombrarse. La preocupación popular, siendo irrazonada, resiste los argumentos de la razón: antes se robustece con las objeciones. La prueba sólo es válida para el que duda o tiene creencia vacilante. La contradicción es la ráfaga de viento que apaga una vela y activa un incendio. Como cuento al caso, os referiré un recuerdo de mi niñez.

## I

—Allá en el año 59—tengo presente la llegada a Toulouse de los prisioneros de Magenta—era yo alumno primario en una escuela anexa al Gran Colegio de jesuitas. ¿Qué misteriosa vir-

tud tienen ciertas impresiones de la infancia para vivir indelebles en el cerebro, cuando otras posteriores y recientes se han borrado casi al nacer? Cierro los ojos y no sólo reaparecen en la visión mental la sala de estudio y el patio de juego, sino las figuras de tres o cuatro compañeros, con sus detalles y accidentes; el rostro apacible y triste del maestro joven, con su sotana lustrosa en los codos; y hasta la cabeza enorme del portero, viejo aldeano del Garona, de facciones huesudas y enjutas, como maceradas en la mortificación y obediencia, de aspecto más jesuítico que toda la comunidad.

Con todo, al menos en ese externado elemental, la disciplina no era severa. Antes y después de las lecciones recitadas de coro, jugábamos ruidosamente en el amplio "préau", tan sueltos y alegres como en las alamedas vecinas, a la salida de la tarde. Los padres eran buenos, se reían con nosotros, y creo que los liberalotes exageran un poco la acción compresiva, para no decir más, de su tutela. Luego el niño es como el pájaro, que lo mismo canta en la jaula que al aire libre. Más doloroso me parecía el despotismo de los compañeros, casi todos mayores que yo y harto dispuestos a enseñarme la ley brutal de la vida. Además, era yo retraído y soñador, más amigo de consejas que de carreras y saltos: quedaba un poco aparte, si bien no detestado ni perseguido. ¡Muy pronto iba a saber lo que es una víctima escolar, y cómo no existe tribu africana más desalmada y cruel con el cautivo de la tribu enemiga, que una banda de niños felices, atraídos contra un condiscípulo indefenso!

A principios del invierno, y ya en-

trado el año escolar, nos encontramos una mañana con un alumno nuevo. El pobrecito tenía traza de lo que iba a ser: de mi edad, o poco menos, no representaba más de seis o siete años con su cuerpecito desmedrado y su carita pálida, enfermiza, donde brillaban, con resplandor de fiebre, dos grandes ojos negros cercados de bistro, inteligentes, magníficos.

Le examinamos con curiosidad durante la clase, en tanto que él, inmóvil sólo atento a la lección, clavaba su mirada en los labios del maestro, procurando estrecharse en la banca y reducir aún el poco espacio que ocupaba, como si presintiera nuestra latente hostilidad. Cuando terminaba la clase de la mañana nos pusimos de pie para el rezo habitual, notamos con estupefacción que el "nuevo" quedaba sentado, sin despejar los labios. Se deslizó entre los grupos que ganaban la calle para almorzar en casa. "El nuevo es protestante", dijeron dos o tres.

Al volver de casa no faltó quien nos informara mejor; el chico era judío, hijo de un platero semiambulante que tenía su puesto en una casita aislada, sobre el canal del Mediodía, cerca de la avenida Lafayette. "¡Toma!", exclamó Toulouse-Lautrec, dirigiéndose a mí (era el capitán del grupo, no por lo noble, sino por lo fortacho y peleador): "vive por nuestro barrio; ¿te conoces tú?"

—"Ha de ser—contesté—el tío Salvador; sí, que es judío y relojero de casa".

La lista confirmó el dato: el "nuevo" contestó al nombre de Salvador. La fila se puso en movimiento para entrar en clase, y después de salvar el umbral,

quedando todavía el celador afuera, Toulouse-Lautrec, que se había colocado detrás del judihuelo, dijo en voz alta: "¡Para ti, marrano!" y le escupió en su flamante blusa de uniforme.

Estaban rotas las hostilidades.

## II

Nunca supimos a qué impulso de caridad, o plan oculto de proselitismo, se debió la admisión del niño judío; mucho menos a qué desgraciada inspiración, del "advenidismo" obedecía el tío Salvador, al pretender que su niño Samuel se educara en el colegio de los jesuitas, mezclado con los hijos de la nobleza católica más intolerante de Francia y Navarra.

Era visible que Samuel estaba allí a título gratuito; pero no sólo quedaba eximido de la pensión sino de toda observancia religiosa, y hasta de la asistencia en día sábado. Por lo demás, no nos preocupó mucho ese misterio, limitándonos a sacar todo el provecho posible de la "ganga" que nos caía. Este provecho consistió en extraer de aquella infortunada criatura todo el jugo de sufrimiento que podía resisitir. La Fontaine y después de él Víctor Hugo, en términos más punzantes, han pintado esa despiadada crueldad de la infancia feliz:

"Cualquier hombre (dice el último) puede principiar así el relato de su vida: Yo era niño, era feliz, era cruel..."

El suplicio, que había comenzado con el insulto, se continuó y agravó con los ultrajes materiales apenas contenidos por la disciplina. Además, fuera del profesor, sentíamos que celadores y fámulos

eran en secreto cómplices nuestros. Durante la clase, el escarnio se reducía a gestos grotescos y alusivos al cerdo prohibido por el rito, bolillas de papel mascado que se aplastaban en el rostro de la víctima, plumas de acero y púas clavadas en su asiento, remedos caricaturales de su figura enfermiza y acento exótico. Pero la señal del recreo era la de las verdaderas catástrofes: el "marranito" no daba un paso sin recibir un empujón, tropezar con una zancadilla que le hacía rodar por el suelo, recibir en la espalda endeble una piedra o un palo que le arrancaban un gemido, aunque no una lágrima. El "souffre-douleur" no lloraba ni se quejaba ante el superior: todo lo soportaba en silencio. Al fin se resignó a no salir de la clase durante el recreo, consiguiendo, también, por gracia particular, no entrar sino después del rezo del principio para retirarse antes del final.

Así pasaron algunos meses sin más variación que los progresos realizados por el niño judío; éstos eran prodigiosos, casi inquietantes. Ya no era cosa de reírse de su acento; era sin disputa ni comparación el primero de nuestra clase, así en historia y geografía como en aritmética. No tanto su don de cálculo, cuanto su agudeza y persuasiva, tenían algo de sobrenatural. Después de un examen mensual, ante el director y dos profesores, en que le tocara explicar la historia bíblica de José, oímos que el primero murmuraba a sus vecinos. "¡Me asusta: pareceme escuchar al Niño en el templo!..." Y no es imposible que todo esto atizara aún nuestros odios de raza. ¡Oh, lúgubre aprendizaje de la vida!

## III

Al principio mi actitud no era muy diferente de la de mis compañeros, si bien nunca me ensañé contra Samuel. Pero me había criado en una atmósfera de catolicismo fervoroso, y por el lado de mi madre casi místico; mi alma infantil no conocía el aborrecimiento; pero se mantenía insensible y como cerrada ante el dolor de los verdugos de Cristo y actores de la Pasión, cuyo drama me estremecía.

Una tarde de enero, oscura y fría, como volviese solo del colegio a casa, al subir la calle Lafayette oí una tos ronca cerca de mí, y reparé en un bultito negro que se agitaba en un banco de la Avenida; me acerqué: era Samuel, jadeante, casi sofocado por un ataque de disnea. Me senté a su lado, tomándole la mano, y escuché lleno de terror el silbido de su pobre pecho enfermo. Al fin pasó el acceso, pudo incorporarse y, enjugando el sudor que bañaba su cara, murmuró: "Creí que me iba a morir". Y luego agregó, apretándome la mano con una fuerza que me sorprendió: "Pero no lo cuentes a nadie: no por aquéllos que se reirían, sino por otro que había de llorar..."

Allí nos hicimos amigos para toda la vida—¡ay, por su parte no era mucho decir!—Me contó, entre risas y aspavientos, su vida de viajes por comarcas extrañas, cuyos nombres había yo visto en el mapa. Y de repente me confió este secreto:

"Mi padre es "sephardim" (descendiente de los judíos expulsados de España) y sabe más historias... Algún día que vengas a casa te mostraré su "teflin". ¿Quieres que te enseñe cómo

se tiene suerte en cualquier juego? Pues basta decir tres veces esta cábala..." Y el que minutos antes parecía moribundo se puso a cantar, en monótona melopeya, esta jerga que no se cansó de repetirme los días siguientes hasta lograr que se grabase por siempre en mi memoria, aunque entonces no entendía su sentido, ni siquiera hoy algunos de sus términos hebraicos:

Al "midrás" voy como niño  
A "meldar" la ley de Dios.  
Con tres ramitos de ruda  
Y este "gaouk" de varón:  
Yo he cardado mi oquita,  
"Malahim", hiladla vos...

A pesar de lo prometido a mi amigo Samuel, conté en casa y en la escuela la dolorosa escena de la avenida. Parecióme que mi intervención cerca de los compañeros había sido eficaz; cesaron casi por completo atropellos y rechiflas; y, por vez primera, vi al pequeño judío juntarse y reírse con los demás.

Así transcurrieron algunas semanas. Un rasgo notable de aquel invierno fué que, hasta principios de febrero, no hubiera nevado una sola vez. Una mañana, por fin, amaneció la ciudad envuelta en espesa capa blanca; y no bien hubo sonado la hora del recreo cuando se formaron en el patio los dos bandos para acometerse con pelotas de nieve.

Samuel, según su costumbre, había quedado en la sala de estudio; fuí a buscarle: "No, me dijo, no me siento bien; he tosido toda la noche..." Pero tantas fueron mis instancias que logré sacarle tiritando de frío. Se puso al lado mío y empezamos a jugar. Al prin-

cipio no noté novedad; pero al arreciar la refriega vi que un grupo de nuestro mismo bando había arrastrado poco a poco a Samuel hacia el enemigo, cerca de un hoyo recién cavado, donde ahora le rodeaban todos, agobiándole con puñados de nieve que le esparcían en la cabeza. Le miré bambolear, enceguecido o acaso volteado por una zancadilla y caer al suelo, alzando al cielo sus manos exangües, que pronto desaparecieron sepultadas bajo la helada sabana...

Al pronto quedé inmóvil, mudo de horror; pero luego corrí en busca de auxilio hacia los celadores que permanecían en la galería, distraídos o indiferentes. Llegaron a tiempo para desenterrar al misero niño ya medio asfixiado, en medio de la sorpresa y consternación general.

Después de un ensayo de reacción llevaron a la casa paterna ese cuerpecito inerte de judío, tal cual lo habían puesto unos niños cristianos, criados en el evangelio de misericordia y perdón. Yo había pasado esa noche entre llantos y pesadillas, con ratos de delirio. Al día siguiente me levanté; pero fué para suplicar a mi madre que me sacase de aquel colegio. Acaso algo ocurriera por allá que coincidía con mi pedido, pues fuí mandado a Sorèze, todavía en tiempo para ver de cerca al buen Padre Lacordaire y no olvidar jamás la grande y melancólica visión...

#### IV

Volví a casa para pasar las vacaciones de Pascua y allí supe que Samuel había muerto de neumonía, complicada

con un ataque cerebral. ¡Pobre Samuelito!

Una noche, en la mesa, la conversación de mis padres recayó sobre los judíos, con motivo de no sé qué asesinato cometido en una aldea de la región. Quedé callado, acordándome de otro crimen real sin atreverme a mencionarlo. Principió la Semana Santa, y por mi edad fuí dispensado de seguir las ceremonias del ritual. Una tarde que había quedado solo—no recuerdo si el jueves o el viernes; sólo sé que se habían volado a Roma las campanas—sentí al pronto un gran deseo de mezclarme al bullicio religioso y gané la calle, prometiéndome estar de vuelta antes de anochecer.

Vagué un largo rato, y al subir por la avenida no sé qué instinto me llevó al banco aquél de los tristes recuerdos. Me senté y me puse a pensar. A poco vi acercarse un anciano que me miraba fijamente como si procurase reconocerme. Al fin se sentó al lado mío y entre tímido y cariñoso me preguntó mi nombre. Al oírlo, un rayo de alegría pasó en sus ojos apagados, y me dijo:

—Soy Salvador, el padre de Samuel.

Era un vejezuelo de barba y cabellos blancos, con unas guedejas rizadas que le caían de las sienes, bajo un gorro griego que remedaba un turbante; vestía larga levita negra y su aspecto todo hubiera inspirado risa, si su mirada triste no diera compasión.

Después de mucho hablar del pequeño ausente, pasamos a otros temas, y con la pronta confianza de la niñez, llegué a preguntarle:

—Tío Salvador, ¿cómo son esos "Tefilin" que tiene usted en su casa?

Se sonrió débilmente y contestó:

—¿Quieres venir a verlos y tomar también un regalito que tengo para el amigo de mi Samuel?

Vacilé un momento; pero pudo aún más que mi curiosidad la súplica de su acento y de su mirada. Me levanté diciendo:

—Entonces, padre Salvador, vamos en seguida, para estar de vuelta temprano.

Echamos a caminar sin tropezar en el barrio desierto con más transeúnte que una señora, amiga de mi madre, quien, al verme así, tuvo un gesto de asombro.

Cinco minutos después llegábamos a casa del judío. Abrió la puerta exterior, y volvió a cerrarla con llave detrás de mí. Estábamos casi a oscuras en una pieza estrecha que sería, sin duda, su tiendita y taller. Pero fué a empujar otra puerta en el fondo y quedé deslumbrado por el resplandor de una lámpara de muchísimos brazos que colgaba del techo, sobre una mesa cubierta con mantel bordado, almohadillas de seda y en el centro un canastillo de rica filigrana. Entramos en esta salita, apenas amueblada con algunas sillas y cofres de madera tallada; al notar mi sorpresa, el anciano me dijo:

—Mañana es nuestra Pascua: el 15 de Nisán, como decimos. Esta canastilla cerrada contiene el pedazo de cordero que ya conoces por el libro, y además las yerbas amargas y los panes ázimos...

No pude contener un estremecimiento, y hubo de ser muy visible, pues me interrumpió para decirme:

—¿Qué te pasa, hijo mío?

Balbué con voz entrecortada:

—Es que, tío Salvador, me han contado...

—¡Ah!, sí—interrumpió, sin dejarme concluir: la sangre de los niños, con que amasamos los "mazzot"... Y agregó con una sonrisa amarga: "Bien sabes tú que son otros los que matan a niños inocentes"... Sólo te he traído, hijo mío, para que más tarde des testimonio ante los hombres. Dirás que has entrado en la casa solitaria de un judío que lloraba aún a su hijo, sacrificado por el odio cristiano; y que, no sólo has salido sano y salvo, sin que este padre airado pusiese la mano en tu cabeza a no ser para bendecirte, sino que no ha querido que probaras una migaja de los manjares extraños a tu culto, ni oyese una palabra contraria a él. Ahora volverás a tu casa, pero no sin llevar un recuerdo mío, que te pido conserves en memoria de Samuelito...

Me tomó de la mano y me llevó al cuarto de la calle; estaba ya bastante alumbrado para distinguirse los armarios llenos de artefactos de oro y plata que relucían tras los cristales. En uno de ellos, que abrió, estaban prendidos en un escaparate de terciopelo, una docena de pequeños relojes de bolsillo: "Elige el que más te guste", díjome con bondad, alzándome al nivel del estante. Designé el que me pareció más barato... Se sonrió: "¡Dios de Israel!, olvidas que estás en casa de judío: ¡toma este otro!"

Descolgué uno de oro y, sentándome en un taburete me tomó en sus rodillas para asegurar la cadena en mi ojal. Y así quedó mirándome un buen rato con indecible ternura y murmurando suavemente:

—¡Oh, si fueras hijo mío para reemplazar al que perdí!... Dime, ¿volverás a verme? ¿Querrás ser mi Benoni, el hijo de mi dolor?

Y era tan dulce su voz, tan cariñosamente tímida su mirada llena de lágrimas, que le eché los brazos al cuello para llorar con él...

De repente, como una bomba que estallara, abrióse con violencia la puerta de la calle y un grupo tumultuoso hizo irrupción en el taller. Oí un grito agudo, me sentí arrebatado por dos brazos que me oprimían febrilmente y, antes de reconocer a mi madre que repetía con extravío: "¡A tiempo! ¡te salvé de ese bandido!", me hallé en la calle, perseguido por otros gritos furiosos de "¡Al agua, el judío asesino! ¡Al canal!..." A la luz del gas parecíome ver pasar una jauría tras un bulto blanco que huía, con la frente ensangrentada y los vestidos hechos jirones...

En vano repetía a mi madre: "¡Pero si es hombre bueno! Mira el reloj que me regaló..." ¡Nunca lo dijera! Me arrancó la joya y como atravesáramos el puente del canal, la arrojó por sobre el parapeto.

Me dijeron que la policía había intervenido a tiempo, cuando aquellos locos furiosos estaban a punto de precipitar en el canal Riquet a su víctima. Con todo, fué detenido; y yo mismo, tres o cuatro días después, interrogado por unos señores graves, muy empeñados en que describiera a su modo la escena de pascua. Al fin soltaron a su presa bajo la condición de que saldría de la ciudad. Realmente, ese tío Salvador era un aguafiestas y, por lo menos, llevaba la mala suerte hasta la indiscreción...

Ahora, el epílogo. Transcurrido un

cuarto de siglo, volví hombre a la ciudad natal, y precisamente en la misma Semana Santa, que con tanto fervor se celebra en nuestro Mediodía. Aunque faltaban muchas caras amadas en la casa paterna—y desde luego, la primera, la que nada reemplaza jamás—se hizo el banquete del hijo pródigo, juntándose en torno de la mesa los restos o retoños de la familia. A los postres, una de las cinco o seis sobrinas que habían brotado en mi ausencia, se dirigió a mí en medio del silencio general:

—¡Oh!, tío, por favor: refiéranos usted lo que tantas veces nos han contado en el colegio; de cómo logró escapar de ese "vilain juif qui allait vous égorger!..."

Estaba hecha la leyenda.

El contenido social de la revolución burguesa se manifiesta en la substitución del dominio de la nobleza feudal y sus correspondientes militares, burócratas, sacerdotes, etc., por el dominio de la burguesía propietaria y sus correspondientes intelectuales. Mas para lograr este fin la burguesía no pudo limitarse a exaltar el dominio de los fabricantes y los abogados y humillar el de los nobles y los sacerdotes. Al contrario, tuvo que empezar por una crítica de todo el orden social a que estaba ligado el dominio de la nobleza, es decir, de todo el orden social existente. Los burgueses no podían burlarse de las antiguas cadenas y exaltar las nuevas, sino exigir la desaparición de todas las cadenas. Al gobierno de la nobleza no cabía oponer el de la banca, sino la completa liberación del hombre.

Arthur Rosenberg. — "Geschichte des Bolchevismus".

# BABEL

REVISTA DE REVISTAS  
APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Suscribese usted a BABEL y recomiende a sus amigos que hagan otro tanto.

Los números que BABEL publicará cada año formarán gruesos volúmenes de numeración corrida a los que agregaremos un índice de nombres y títulos para los suscriptores.

En las páginas de BABEL encontrará usted el artículo que le interesaba guardar y que ha perdido.

Díganos cuáles son las reproducciones de BABEL que más le gustaron y tendremos en cuenta su opinión.

Si usted quiere hacer llegar a BABEL algún recorte o versión tiene que acompañar el texto original de donde procede.

La dirección de BABEL tiene el propósito de mantener el mayor contacto posible con los suscriptores de la revista. De ellos depende pues, también su continuidad.

Suscripción mínima a 12 números en Chile... \$ 10 00  
> > a 20 > fuera de > ... \$ 1 00

Pedidos de suscripción a la

LIBRERIA Y EDITORIAL NACIMIENTO

AHUMADA 125.—SANTIAGO DE CHILE

acompañando el importe en giro postal o bancario.

# BIBLIOTECA SELECTA NASCIMENTO

## OBRAS PUBLICADAS

- |   |  |
|---|--|
| N.º 1. EL HOMBRE EN LA MONTAÑA, novela de Edgardo Garrido Merino. \$ 10.—   | N.º 23. PRISIONERO DE GUERRA, por Augusto Guzmán..... 12.—   |
| N.º 2. ALGO DE LO QUE HE VISTO, Memorias de Don Crescente Errázuriz. 20.—   | N.º 24. EL CACHORRO, por Victor Domingo Silva.... 12.—   |
| N.º 3. CASA GRANDE, novela de Luis Orrego Luco.... 12.—                     | N.º 25. EL MONJE POLITICO, por Alejandro Vicuña..... 12.—  |
| N.º 4. MERCEDES URIZAR, novela de Luis Durand.. 10.—                        | N.º 7, 9, 19, 20, 22, 27, 28, 29 y 30 son los tomos IX, X, III, IV, V, XII, XIII, XIV y XV respectivamente de las LEYENDAS Y EPISODIOS CHILENOS, de Aurelio Diaz Meza, c/u..... 12.— |
| N.º 5. EL MUNDO EN LLAMAS, novela de Boris Shatzky..... 10.—                | N.º 31. LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFIA GRIEGA, por Enrique Molina..... 20.—   |
| N.º 6. EL VALLE DEL SOL, novela de Diómedes de Pereyra..... \$ 12.—         | N.º 32. PASION Y MUERTE DEL CURA DEUSTO, por Augusto d'Halmar... 15.—  |
| N.º 8. MELPOMENE, poemas de Arturo Capdevila..... 10.—                      | N.º 33. IMAGENES DE CHILE, por M. Picón-Salas y G. Feliú Cruz..... 20.—  |
| N.º 10. HOJAS AL VIENTO, por Diómedes de Pereyra 12.—                       | N.º 34. CAUCHO, por Diómedes de Pereyra..... 20.—  |
| N.º 11. LA SERPIENTE DE ORO, por Ciro Alegría... 10.—                       | N.º 35. ORATORIA, por José María Pinedo..... 10.—  |
| N.º 12. DEL CALDERO DEL CHACO, por Aquiles Vergara....., ..... 12.—         | N.º 36. MI TIO VENTURA, por Ernesto Montenegro. 10.—   |
| N.º 13. SANGRE DE MESTIZOS, por Augusto Céspedes 10.—                       | N.º 37. CAMARADA, por Carlos Sepúlveda Leyton.... 15.—   |
| N.º 14. SUS MEJORES CUENTOS de A. Hernández Catá..... 20.—                  | N.º 38. POR LOS VALORES ESPIRITUALES, por Enrique Molina..... 20.—   |
| N.º 15. MEMORIAS DE OCHENTA AÑOS, por Ramón Subercaseaux. 2 tomos..... 25.— | N.º 39. BULA MATARI (Stanley en Africa), por Jacobo Wasserman..... 15.—  |
| N.º 16. LAS DOS ESPAÑAS, por Fidelino de Figueiredo 10.—                    | N.º 40. GOLONDRINA DE INVIERNO, por Victor Domingo Silva..... 12.—   |
| N.º 17. MEMORIAS, por Abdón Cifuentes. 2 tomos.. 30.—                       |  |
| N.º 18. ZOÉ, por Benjamín Subercaseaux..... 12.—                            |  |
| N.º 21. NICARAGUA LIRICA, por Augusto Oviedo Reyes..... 15.—                |  |